



JORGE ZORRAQUÍN | Fue una piedra. El cierre al público de la colegiata de Santa María la Mayor de Calatayud, un 8 de agosto de 2010 a las ocho de la tarde, llegó por la caída días antes -en una visita institucional- de un cascote del arco toral sobre el altar. Fue en ese momento cuando la ciudadanía y las instituciones se concienciaron de la gravedad del estado de salud de este templo, principal parroquia de la ciudad y cuyo ábside, torre y claustro están reconocidos como patrimonio mundial por la Unesco.

"Ya había una malla, pero consideramos que lo más seguro era el cierre, aunque algunas personas lo vieron como un escándalo", recuerda 12 años después el abad de esta iglesia, el arcipreste Jesús Vicente Bueno. **"Fue muy duro, porque tuvimos que trasladar y mudar todo lo que se hacía aquí, pero sirvió para que se viera la gravedad de lo que estaba ocurriendo a toda la estructura"**, destaca. Se refiere así al desplazamiento de tres de las cuatro columnas que sostienen la cúpula.

Ante esta situación, el equipo comandado por el arquitecto Fernando Alegre comenzó un minucioso proceso de investigación. **"Partimos de la urgencia de unos problemas estructurales graves que había que diagnosticar. Durante un año monitorizamos la cúpula para ver sus movimientos y vimos que las deformaciones se acumulaban"**, recuerda en vísperas de su reapertura el responsable del plan director del edificio. A la evidencia del desprendimiento, se sumaban grietas, desplazamientos y un completo 'historial médico'.

"Tuvimos acceso a los documentos de las restauraciones de los siglos XIX y XX, donde el templo te 'dice' todos sus problemas. Porque las fisuras son una foto fija de algo que ha pasado en 400 años. Es un fotograma dentro de una película", describe Alegre. Junto a él, en todo el proceso han estado historiadores, arqueólogos, restauradores, ingenieros y una plantilla de decenas y decenas de personas durante más de una década...